

La democracia social en Venezuela: Desafíos y propuestas

Demetrio Boersner

Septiembre de 2013

La democracia social en Venezuela: Desafíos y propuestas

Demetrio Boersner*

Caracas, Septiembre de 2013

Los análisis y conclusiones contenidos en el presente documento, son de la exclusiva responsabilidad del autor y en nada comprometen al Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS), como organización que coordinó su elaboración y promovió su debate público.

*Licenciado en Estudios Internacionales y Doctor en Ciencias Políticas, con una extensa trayectoria en el servicio diplomático venezolano. Profesor de la Universidad Central de Venezuela (UCV) y reconocido intelectual de la centro-izquierda latinoamericana.

Instituto Latinoamericano de
Investigaciones Sociales (ILDIS)
Oficina en Venezuela de la
Fundación Friedrich Ebert

Av. San Juan Bosco, cruce
con 2da Transversal de
Altamira, Edif. San Juan, Piso 4,
Oficina 4-B.
Caracas, Venezuela.
Teléf.: (0212)2632044 / 2634080
www.ildis.org.ve
www.desafiandolascrisis.org

Director del ILDIS y
Representante de la
Fundación Friedrich Ebert en Venezuela:
Benjamin Reichenbach.

Coordinador institucional del documento:
Flavio Carucci T.
Director de Proyectos del ILDIS

Asistente:
Verónica Fortunato
Asistente de Proyectos del ILDIS

Autor: Demetrio Boersner

El uso comercial de las publicaciones de la Fundación Friedrich Ebert (FES), por cualquier medio, no está permitido sin el consentimiento por escrito de la organización mencionada.

ÍNDICE

¿Qué se entiende por socialdemocracia?	1
La agenda actual de la democracia social internacional	1
Principios y valores que sustentan la democracia social moderna	2
Origen, auge y declive de la socialdemocracia en Venezuela	4
Una democracia social renovada para Venezuela	5
Propuestas para impulsar un cambio democrata-social en Venezuela	12

¿Qué se entiende por democracia social?

La democracia social (o socialdemocracia) hace referencia a una corriente política mundial, vinculada a la causa e intereses de los trabajadores y las clases populares. Combina la lucha por la justicia social con la defensa y el fortalecimiento de la libertad democrática y los derechos humanos. Protesta a la vez contra las injusticias económicas del sistema capitalista y contra la tiranía política del régimen comunista. Los movimientos políticos que en el mundo luchan por la democracia social, utilizan nombres distintos de país en país –demócratas sociales, socialdemócratas, socialistas democráticos, socialistas, laboristas, izquierda democrática, progresistas, demócratas, etc.- pero constituyen una sola confraternidad universal de hombres y mujeres unidos en la esperanza de crear una nueva sociedad que combine la libertad de cada persona con la igualdad, la justicia y la solidaridad para todos.

La actual agenda de la democracia social internacional

Algunos de los grandes temas del siglo XXI que afectan a la humanidad en su conjunto, y que se destacan en la agenda de la Democracia Social, son los siguientes:

Democracia política y derechos humanos

Sin libertad política y garantías para los derechos humanos y ciudadanos, todo intento por transformar o reformar el orden social resultaría en alguna forma de colectivismo autoritario. La falta de libertad democrática y las violaciones de los derechos humanos frenan el progreso de la humanidad y ocasionan guerras y violencia. Por ello, los demócratas sociales apoyan los movimientos civiles y populares, así como la acción de gobiernos democráticos, de la Organización de Naciones Unidas (ONU) y de otras organizaciones internacionales, en pro de la defensa y ampliación de la democracia política (representativa y también participativa).

El Estado y el mercado: Regulación democrática de los procesos económicos

La revolución tecnológica iniciada en la década de los 70', además de las políticas económicas conservadoras o neoliberales impuestas a partir de 1980, ha alentado un gran desmejoramiento mundial de la condición de los asalariados, en términos de fuerza organizativa y negociadora, y de participación en el ingreso global. Mundialmente se ha ensanchado la brecha entre ricos y pobres. La crisis económica y financiera global que se inició en el año 2008 y aún no ha sido superada, y el rescate de la economía mundial, requieren el abandono de políticas monetaristas neoliberales y la concertación internacional de políticas de estímulo a la producción y creación de puestos de trabajo. Más allá del "keynesianismo" que combate la recesión económica pero no necesariamente empodera a los trabajadores, la democracia social o socialdemocracia debe hacer todo lo posible para renovar, reforzar y unificar el movimiento sindical en todos los países, vinculándolo a los demás movimientos sociales democráticos y humanitarios en un vasto frente emancipador y progresista.

Cambio climático y desarrollo sostenible

Los más eminentes especialistas en medio ambiente del mundo están de acuerdo en que vivimos una época de cambio climático (recalentamiento global) cada vez más amenazante y catastrófico, causado principalmente por la emisión de gases contaminantes desde industrias y conglomerados urbanos. En principio, los gobiernos admiten esa realidad y reconocen la necesidad de adoptar medidas internacionales enérgicas, pero ceden ante poderosos intereses privados que ponen en duda la gravedad de la situación. Ante ello, la democracia social o socialdemocracia debería estrechar su cooperación con los movimientos ambientalistas, a fin de fortalecer la presión democrática mundial para que se acaten y se apliquen los acuerdos internacionales sobre el cambio climático y las normas de desarrollo sostenible.

Inclusión e igualdad sociales

En el siglo XXI, las exigencias de liberación y justicia ya no se limitan únicamente a las clases sociales fundamentales (trabajadores, campesinos, capas medias, etc.), sino que también abarcan a categorías sociales no clasistas, pero discriminadas o menoscabadas por criterios de origen, raza, etnia, religión, género, edad, salud o inclinación sexual. Los demócratas sociales del mundo han ampliado su lucha para incluir la exigencia de completa igualdad de derechos y de efectiva inclusión para todos estos grupos sociales.

Un mundo de paz, libertad y justicia

Conscientes de que los países y pueblos del mundo son cada vez más interdependientes por efecto de la globalización económica e informativa, los socialdemócratas o demócratas sociales asignan una alta prioridad a la política exterior y los empeños de promover la paz, la democracia y la equidad internacionales.

Principios y valores que sustentan la democracia social moderna

Desde tiempos antiguos, las sociedades humanas se han caracterizado por conflictos internos entre minorías privilegiadas y poderosas, y mayorías deseosas de mayor libertad, igualdad y participación. Al despuntar la edad moderna, las ansias burguesas y populares de libertad y equidad se expresaron a través de las ideas y realizaciones del humanismo, de la ilustración y de las revoluciones liberales de Holanda, Inglaterra, Norteamérica, Francia y América Latina. La Revolución Francesa, con su lema de "Libertad-Igualdad-Fraternidad" y su Declaración de los Derechos del Hombre, resumió para siempre el sentido esencial de la democracia (a la cual Abraham Lincoln, por su parte, definió como el "gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo").

Libertad, igualdad y solidaridad

La libertad, la igualdad y la fraternidad en el dominio político, como también en el social y el económico, siguen siendo los tres valores fundamentales de los demócratas sociales contemporáneos. Éstos se diferencian de los demócratas liberales que consideran que basta con la libertad, que la igualdad debe limitarse al

terreno jurídico (ante la ley), y que la solidaridad (“fraternidad”) es un concepto abstracto. Igualmente se diferencian de los comunistas, que opinan que la libertad puede ser sacrificada o disminuida hasta que se hayan creado bases socioeconómicas de igualdad y solidaridad. Los tres valores (libertad, igualdad y solidaridad) deben desarrollarse conjuntamente, en perfecto equilibrio, pues ninguno de los tres puede realizarse plenamente sin los otros dos. Aunque comiencen a aplicarse en el plano político, deben extenderse y aplicarse también en los ámbitos económico y social.

Identificación con los oprimidos

Otro gran principio de la democracia social es su identificación con los intereses y anhelos de los grupos sociales oprimidos. Sus principales raíces históricas son las luchas de la clase obrera y de los pueblos colonizados. Dentro de una vocación de servicio a la humanidad toda, prioriza la lucha por los derechos de los trabajadores, los excluidos, las capas medias laboriosas y todos los sectores discriminados y menospreciados de la sociedad contemporánea.

Pluralismo filosófico

La democracia social contemporánea no es dogmática, y acrece su acervo doctrinario con los aportes de diversas corrientes filosóficas liberadoras y progresistas. El pensamiento socialista clásico, tanto de Marx como de otros grandes guías del movimiento obrero, estudiado con sentido crítico y revisado a la luz de la realidad presente, constituye una fuente importante. Otra es el pensamiento político liberal, de origen anterior al socialismo y “padre” histórico de éste, cuyo ideal de máxima libertad para la auto-superación de cada persona individual (con rechazo a todas las formas de tiranía) es válido como meta de una nueva sociedad justa y solidaria. Igualmente se encuentran valiosas inspiraciones para la lucha social a favor de los oprimidos en las prédicas de justicia y fraternidad de las grandes religiones.

Tercera vía

Las consideraciones ya esbozadas, sobre la necesidad de combinar la libertad política con la equidad y solidaridad social y económica, sin postergar o menoscabar ni lo uno ni lo otro, nos conducen a asumir un rol de “tercera vía” entre el capitalismo irrestricto y el comunismo. El primero pregona la libertad pero descuida la justicia social, y el segundo sacrifica la libertad en aras de la justicia. La tercera vía escogida por los demócratas sociales es creadora y dinámica: no representa ninguna mediocre “colcha de retazos” con elementos sacados de los otros dos sistemas, sino la superación de ambos en una síntesis histórica superior.

Solidaridad internacional

Desde sus orígenes en el siglo XIX, los movimientos de democracia social comprendieron que, aunque sus luchas se inicien en un solo país, no deben limitarse a él, sino trascender al plano internacional, ya que los pueblos son interdependientes y la libertad y el bienestar de cada uno depende de la libertad y el bienestar de los demás. Los demócratas sociales mantienen relaciones de fraterna solidaridad entre ellos mismos y alientan la unidad de los trabajadores y pueblos del mundo. Propugnan el fortalecimiento de la paz mundial sobre una

base de impulso a la democracia, la defensa de los derechos humanos, la cooperación internacional, y la creación de relaciones equitativas entre países desarrollados y países en desarrollo.

Origen, auge y declive de la democracia social en Venezuela

En Venezuela, los movimientos democráticos sociales o progresistas se generaron en la resistencia clandestina contra la dictadura de Juan Vicente Gómez, y reflejaron la inquietud social de un país en transición del orden agrario terrateniente a una economía capitalista-rentista basada en la producción petrolera. De 1936 en adelante se perfiló, en el seno de la izquierda venezolana, la rivalidad histórica entre un movimiento nacional-revolucionario con tendencias socialdemócratas y un movimiento comunista. La experiencia del "trienio adeco" de 1945-1948, por encima de controversias valorativas, significó un importante avance objetivo en términos de incorporación del pueblo a la participación política y de democratización social. La resistencia de los demócratas sociales a la dictadura militar (1948-1958) constituyó otra experiencia valiosa para la formación política y moral de los demócratas venezolanos.

Posteriormente, los cuarenta años de régimen democrático representativo (1958-1998), pluralista pero fuertemente signado por principios y programas de democracia social, configuraron un período de progreso sin precedentes en la historia de Venezuela. Se desarrolló y diversificó la producción industrial y agroindustrial del país sobre la base de una economía mixta (Mercado-Estado); se elevó grandemente el nivel de vida y de cultura de la población y se formó una amplia clase media moderna; se dio colosal impulso a la educación en todos sus niveles, a la sanidad, a la ciencia y a la cultura; fueron construidas grandes obras de infraestructura y de desarrollo energético e industrial en todo el país; se redujo la tasa de analfabetismo de 20 % a 8 %; una progresista legislación social empoderó a los trabajadores, a las mujeres, a todo grupo social antaño desventajado; una reforma agraria acabó con los remanentes de latifundismo semifeudal, dotó de tierras a centenares de miles de familias campesinas, y modernizó la producción agropecuaria y las relaciones laborales en el campo venezolano. El Estado democrático tomó en sus manos el control de la producción y comercialización del petróleo, del hierro y de otros renglones básicos, y en la fecha histórica del 1° de enero de 1976 se efectuó la nacionalización definitiva de la industria petrolera. Se creó la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) y Venezuela llevó adelante una política exterior autónoma y soberana, de solidaridad democrática y tercermundista.

Sin embargo, estos grandes avances se concentraron ante todo en los primeros veinte años de la era democrática, y a partir de 1980 se tornó más difícil la situación del país y de su sistema político. La economía mundial entró en crisis, y los más afectados fueron los países en vías de desarrollo, particularmente los de América Latina, agobiados por grandes deudas externas. Desde centros de poder del Norte se impuso al mundo un nuevo paradigma económico de austeridad y reducción de los gastos y servicios sociales. El colapso de la Unión Soviética en 1990 desequilibró al sistema internacional y dio poder excesivo a los grandes centros capitalistas. Aunque el régimen comunista representa un socialismo

deformado, tiránico y perverso, su caída, y el triunfo mundial del conservadurismo económico y político, afectaron también al socialismo democrático, a la democracia social, a los trabajadores y a los países en desarrollo. En el mundo entero, las nuevas condiciones alentaron un desmejoramiento de la condición popular y una mayor brecha entre ricos y pobres, razón por la cual cundió el descontento social. En Venezuela se manifestó fuertemente este desmejoramiento del clima social, a cuyas razones económicas objetivas se añadió un marcado deterioro o agotamiento de los liderazgos democráticos, un aumento de la corrupción y una injustificable indiferencia de las élites ante el crecimiento de la pobreza. La irresponsable campaña de desprestigio contra los partidos políticos por parte de importantes voceros de la intelectualidad elitista terminó por debilitar al sistema democrático.

Así se creó un vacío de poder que fue colmado, a partir de 1999, por un nuevo régimen personalista y militarista, ideológicamente influido por el comunismo de modelo cubano, pero que de hecho encumbró a una nueva oligarquía financiera, además de una alta burocracia estatal y partidista. En el lado positivo de su balanza, cabe señalar la creación de mecanismos denominados "misiones" para prestar asistencia a sectores sociales de bajo ingreso y mejorar su situación sanitaria, educativa, alimentaria y de vivienda. Infortunadamente, estos mecanismos no incluyen la vigorosa creación de puestos de trabajo en el sector formal de la economía, sino que alientan el inflamamiento del empleo estatal improductivo. De manera general, la política social del régimen no pasa de ser asistencialista además de autoritaria y signada por la imposición de una ideología oficialista. Por dogmatismo y demagogia, el régimen ha realizado expropiaciones y estatizaciones masivas de empresas privadas, sometiéndolas a un manejo burocrático generalmente inepto, y ha sofocado la libertad de intercambio económico. Con ello ha destruido gran parte del aparato productivo nacional, revirtiendo cuarenta años de desarrollo y reduciéndonos nuevamente a la condición de país dependiente de importaciones. Al mismo tiempo, por descuido e incompetencia, ha dejado que se deterioren las infraestructuras, el sector eléctrico y las industrias básicas, incluida la industria petrolera. Bajo su amparo, ha crecido la criminalidad y la inseguridad personal y colectiva. La política exterior del régimen se caracteriza por el abandono de una diplomacia equilibrada, y la adopción de una conducta maniquea y mesiánica que pretende liderar una suerte de revolución mundial "anti-imperial". Agobiado por sus errores y por divisiones internas, el régimen ha entrado en crisis, y es urgente la presentación, como alternativa política, de un modelo de país con una democracia social renovada.

Una democracia social renovada para Venezuela

El modelo político-institucional

Estado de derecho

Los demócratas sociales rechazan la idea de que el moderno Estado de Derecho, surgido del pensamiento humanista y de las revoluciones liberales, represente un fenómeno pasajero y un mero reflejo de los intereses de la clase burguesa. El Estado de Derecho -dominio de la ley, igualdad jurídica de los ciudadanos, garantía

de los derechos humanos y cívicos, etc.- forma parte de la civilización universal y no está sujeto, en su esencia, a los cambios de hegemonía de clases o bloques hegemónicos en el seno de la sociedad. En la medida en que crezca la democracia social, sin duda el Estado de Derecho será ampliado y mejorado, pero no se cuestionará su validez fundamental.

Representación y participación

Los regímenes autoritarios, comunistas o de tipo militar-populista, para tratar de justificar su recurso a la arbitrariedad, invocan la idea de una presunta oposición intrínseca entre la "democracia representativa" y la "democracia participativa". La primera –dicen-, es "burguesa" y "formal" y sólo se ejerce en las coyunturas electorales, además de que los representantes electos falsean la verdadera voluntad popular, y por eso debería ser sustituida por la segunda, que se basaría en una permanente y efectiva participación popular directa en la toma de decisiones y la gestión de la sociedad. Este argumento es falso, en primer lugar porque los dictadores se sirven de una presunta democracia participativa o directa para manipular a las masas populares, y en segundo término porque los dos conceptos no son contradictorios sino complementarios. En el complejo mundo moderno, la democracia necesita a representantes electos, que fielmente interpreten la voluntad del soberano pueblo, le aporten la debida reflexión y le den moldes eficaces. Sin embargo, es cierto que una democracia que delegara todo y dejara a la ciudadanía pasiva la mayor parte del tiempo, sería incompleta y elitista. Es necesario que la democracia representativa se complemente, y que el pueblo soberano, además de elegir a sus representantes y gobernantes, asuma responsabilidades directas y supervise la ejecución y administración de la voluntad general, sobre todo a escala local y estatal. Al mismo tiempo, toda la población debe participar cada vez más en el disfrute del bien común. De esta manera, la democracia participativa no es un sustituto de la representativa, sino su complemento y extensión.

Derechos humanos

Los derechos humanos tradicionales, definidos por el humanismo liberal (derecho a la vida, a la libre expresión y asociación, etc.), tienen validez perenne y deben quedar incorporados para siempre en la Constitución venezolana. Pero una democracia social no puede permitir que estos derechos sólo aparezcan en el papel y no sean cabalmente respetados en la práctica. Los frecuentes abusos policiales, los maltratos a personas detenidas y las condiciones infernales que prevalecen en las cárceles venezolanas deben ser corregidos radicalmente por un futuro gobierno socialdemócrata o democrático-social. Por otra parte, a los derechos humanos y ciudadanos tradicionales, de carácter liberal, se agregarán nuevos derechos de carácter social y económico (derecho al trabajo, a la salud, a la educación, a un salario decente, al bienestar social, etc.), sin que estos nuevos derechos puedan ser invocados en detrimento o menoscabo de los antiguos.

Organización del Estado y del gobierno

De conformidad con las tendencias liberales y progresistas de la historia nacional, la forma de Estado en Venezuela debe ser siempre republicana, democrática, federal (es decir, debidamente descentralizada) y laica (separación entre el Estado y la Iglesia). La soberanía que reside en el pueblo debe ser ejercida institucionalmente, sin perturbaciones personalistas o tumultuarias. La administración pública y los poderes judicial, electoral y ciudadano deben ser profesionales, políticamente imparciales y al servicio de la nación entera. Es imprescindible la separación entre los poderes ejecutivo, legislativo, judicial, ciudadano y electoral, así como la descentralización entre los niveles nacional, estatal, municipal, parroquial y comunal. El republicanismo democrático y la democracia social exigen la institucionalidad y el carácter no partidista de la Fuerza Armada y su subordinación al poder civil emanado de la soberanía popular en conformidad con la Constitución. La democracia social venezolana no se pronuncia, por ahora, acerca de la eventualidad de una constituyente o reforma de la carta magna: este, y otros pormenores de la vida institucional, serán determinados por las realidades históricas futuras.

El modelo de sociedad

Ciudadanía y participación

Aun cuando la teoría constitucional establece la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, la ciencia social nos muestra la división de la sociedad en clases y sectores desiguales en términos de ingreso, posición económica, acceso a la cultura y prestigio social. El máximo propósito de los movimientos democrático-sociales es la transformación de las relaciones sociales en forma tal que disminuyan, y al final cesen por completo, las desigualdades clasistas, y surja una ciudadanía de iguales, no sólo en términos políticos, sino también en oportunidades y calidad de vida. Aunque un igualitarismo absoluto de ingresos sería injusto, ya que siempre habrá diferencias de mérito, de esfuerzo y de responsabilidad que deben ser recompensados de modo distinto, la democracia social contempla una razonable reducción de las brechas (actualmente enormes) entre altos y bajos ingresos. La calidad de vida de la ciudadanía debe elevarse, a la vez, por la asistencia material y cultural que brinda un "Estado de bienestar" (welfare state), y por la creciente valoración de la libre y voluntaria participación de los ciudadanos en las decisiones y responsabilidades de la sociedad.

Fuerzas y organizaciones sociales

Los movimientos que luchan por una democracia social siempre mantienen vínculos estrechos con la clase trabajadora, y procuran cohesionar un bloque social progresista de trabajadores de la ciudad y del campo, y de capas medias técnicas, profesionales e intelectuales. Igualmente pueden mantener relaciones de coincidencia y alianza con los sectores empresariales productivos e identificados con el desarrollo económico nacional. Representan asimismo los anhelos colectivos de grupos sociales no clasistas pero de algún modo menoscabados en sus derechos y legítimas aspiraciones: las mujeres en lucha por la igualdad completa; los jóvenes, en necesidad de mayor apoyo para culminar sus estudios e insertarse a

la vida productiva; las minorías discriminadas por su origen social, raza, etnia, religión o preferencia sexual. En la futura construcción de una democracia social en Venezuela, el movimiento sindical, los gremios profesionales, las universidades y academias, las asociaciones de emprendedores y de empresarios pequeños y medianos, así como los grandes empresarios con vocación productora y patriótica, jugarán papeles importantes. A ellos se les agregarán las asociaciones de lucha feminista, juvenil y de grupos discriminados, así como las comunidades religiosas y éticas.

El modelo económico

Las relaciones Estado-mercado

La democracia social acepta la economía de mercado como único modelo estructural eficaz para la producción y distribución de bienes y servicios, ya que la presunta alternativa (estatización con planificación centralizada) ha fracasado. Sin embargo, no renuncia al principio del control de la sociedad sobre la economía, a través de la intervención del Estado democrático y de la sociedad organizada en el proceso económico. Entre el Estado y el Mercado debe establecerse una relación de equilibrio, sobre la base de una cooperación constructiva entre los sectores público y privado, salvaguardando siempre el principio fundamental de que el mercado debe estar al servicio del ser humano, y no al revés.

Ello implica la creación de una economía mixta que combine los mecanismos del mercado con una planificación democrática y flexible, coordinada por el Estado en consulta con todos los sectores de la sociedad, que oriente los esfuerzos y las expectativas del capital, del trabajo y de los consumidores hacia un desarrollo diversificado y sustentable de las fuerzas productivas internas, y hacia una distribución equitativa del ingreso nacional.

Política económica, inclusión y justicia social

En esta economía mixta desarrollista y equitativa, el Estado controlará directamente las "alturas dominantes" (industrias y servicios básicos) de la economía, en tanto que el resto del aparato productivo quedará en manos del sector privado. Entre ambos sectores debe crearse un ambiente de cooperación, consulta constante, y reglas de juego claras y confiables. Por efecto de la evolución del consenso social (y no de imposiciones unilaterales), al lado de los dos sectores nombrados podrá desarrollarse un "tercer sector", conformado por esquemas de participación gestonaria de trabajadores y consumidores, empresas cooperativas y ensayos autogestionarios.

El propósito fundamental de la futura política económica demócrata-social o socialdemócrata será el de superar el modelo de capitalismo rentístico bajo el paternalismo estatal, que ha regido al país desde los comienzos del siglo XX. En su lugar, debe crearse un sistema eficiente para la canalización del excedente rentístico hacia un programa de producción industrial y agroindustrial diversificada, que satisfaga las necesidades del país y se traduzca en variadas y cuantiosas exportaciones no tradicionales. Para ese fin, convendrá crear un solo fondo de

financiación pública, bajo supervisión del poder legislativo y de una contraloría autónoma y eficaz.

En última instancia, la inclusión y justicia social siempre constituye la más importante finalidad de la política económica del Estado socialdemócrata. En este sentido, la creación de puestos de trabajo como arma fundamental contra la pobreza y la exclusión debe constituir un elemento determinante de la estrategia de desarrollo diversificado y equitativo. A tal fin, debe enfatizarse la reconstrucción y expansión de la infraestructura física, la construcción de viviendas y el estímulo a las pequeñas y medianas empresas.

Petróleo y política energética

En el marco de una democracia social venezolana, la casa matriz de la industria petrolera (PDVSA) quedará en manos del Estado en la totalidad de su capital accionario. Las empresas asociadas, como en la actualidad, podrán pertenecer al sector público, privado o mixto. PDVSA deberá tener autonomía operativa frente al gobierno nacional y estar libre de injerencias partidistas. La futura escogencia y clasificación de su personal deberá regirse, nuevamente, por exclusivos criterios de capacidad y mérito. La empresa funcionará como corporación autónoma con criterio de rentabilidad comercial, sin menoscabo a su vocación patriótica fundamental. La industria petrolera será el motor primario de la futura política de industrialización diversificada, fuente primordial de capital y de insumos energéticos para ese proceso.

Del mismo modo, la democracia social relanzará el desarrollo de las demás industrias energéticas y básicas, en un marco general de propiedad y gestión mixtas entre los sectores público y privado. La red eléctrica nacional, gravemente deteriorada, debe ser reconstruida, modernizada y expandida sobre la misma base de responsabilidades estatales y privadas mixtas o combinadas.

El modelo social

De conformidad con lo anterior, los demócratas sociales o socialdemócratas se proponen buscar el poder político para democratizar el país, no sólo en lo político-formal sino también en el ámbito de la justicia y el bienestar sociales. Aunque en definitiva el pueblo debe construir su propio porvenir a través de la participación activa, deben definirse las políticas sociales con las cuales se le quiere asistir.

Salud y protección social

La política de un gobierno democrático social en materia de salud y protección social se basará en el desarrollo y mejoramiento del sector sanitario-asistencial público, junto con la cooperación de las consultas y centros sanitario-asistenciales privados. Deben discutirse y resolverse en forma democrática y comprensiva las eventuales controversias sobre los costos de la asistencia médica privada y la atención debida a casos de emergencia en centros privados. También debe enfatizarse el fiel cumplimiento del servicio comunitario exigido a los egresados de escuelas de medicina. Asimismo, debe buscarse una concertación nacional pública-privada sobre el costo de productos farmacéuticos patentados y el empleo de medicamentos genéricos.

El sistema de seguridad social debe ser desburocratizado y flexibilizado, conservando su carácter público y evitando la fórmula de la privatización.

Educación y capacitación técnica

La educación es el instrumento por excelencia para desarrollar una nación y reducir los contrastes sociales en su seno. Es factor clave para la futura creación de una sociedad más libre, más justa y más solidaria. El Estado debe seguir asumiendo la responsabilidad de orientar y conducir el conjunto del sistema nacional de educación pública, con la cooperación de los institutos educacionales privados. Las relaciones entre los sectores público y privado de la educación nacional se regirán en un espíritu de constante diálogo. Se respetará escrupulosamente el principio de la autonomía universitaria.

Las necesidades del desarrollo económico requieren una política de creciente estímulo a las carreras científicas y tecnológicas en los niveles de educación media y superior. El preocupante atraso de América Latina con respecto a países asiáticos otrora colonizados, en materia de dinamismo y eficiencia desarrollistas, se debe primordialmente al contraste entre nuestra escasez de científicos y técnicos, y la abundancia y alta calidad de los mismos en aquellas sociedades emergentes. Asimismo debe fortalecerse grandemente la formación técnica al nivel de educación básica, y alentar la escogencia de estudios en escuelas técnicas medias (que deben ser creadas urgentemente) como alternativa honrosa al bachillerato tradicional. Al mismo tiempo debe fortalecerse la capacitación de trabajadores a través del Instituto Nacional de Capacitación y Educación (INCE) y el aprendizaje en empresas.

Ciencia, cultura y comunicación social

En el ámbito de la ciencia, deben activarse institutos de investigación actualmente descuidados y politizados, y aumentarse significativamente los fondos públicos destinados al fomento científico. La institucionalidad científica nacional necesita ser fortalecida substancialmente.

El tema de la cultura debe ser revisado y reorientado mediante amplias consultas y concertaciones entre el Estado, los creadores de cultura y las asociaciones culturales de la sociedad civil. Un gobierno demócrata social o socialdemócrata emprendería una política cultural abierta a todas las tendencias y exenta de dogmatismos. Debe prestar la debida atención tanto a la creación cultural nacional como a la universal, y buscar un equilibrio entre el estímulo al talento excepcional y el fomento de las expresiones de cultura popular.

Una política socialdemócrata de comunicación social debe garantizar la plena libertad de expresión de los medios en manos del sector privado. Debe crearse, por el otro lado, un área comunicacional pública de carácter pluralista e independiente, gobernando por organismos representativos de variados sectores y corrientes de opinión, tal como ocurre en algunos países desarrollados de alto nivel democrático-liberal.

La política exterior

El escenario internacional actual se caracteriza por su fluidez y sus incertidumbres. Reposa sobre una economía mundial afectada por la "gran recesión" de 2008, ahora en etapa de recuperación todavía frágil. Paralelamente a la recesión económica (que puso en graves aprietos la "globalización" tan cacareada en años anteriores), entró en crisis el modelo estratégico unipolar flexible, encabezado por Estados Unidos como indiscutible actor predominante. Por el relativo debilitamiento económico de la primera potencia, y la formación en su seno de una mayoría opuesta a políticas hegemónicas, así como por el marcado ascenso de potencias "nuevas" (China, Rusia, etc.), el sistema internacional se encuentra en transición hacia un modelo multipolar o de "balanza de poder" entre varios actores de dimensión comparable.

Dentro de este escenario global, la América Latina, en su mayor parte, ha tenido una evolución positiva: con las únicas excepciones de Haití, Cuba y Venezuela, todos sus países han logrado buenos índices de crecimiento económico. En el seno de la región, existen dos tendencias distintas de política económica: una de "izquierda" (énfasis en el rol económico del Estado), encabezada por Brasil, y otra de "derecha" (confianza en el libre comercio) plasmada en la Alianza del Pacífico (México, Colombia, Perú y Chile). En el plano político y social, el cuadro es más complejo: la mencionada "izquierda" está dividida realmente en "dos izquierdas", la primera de ellas democrática y dialogante (caso de Brasil y Uruguay), y la segunda, autoritaria y agresiva. Esta segunda "izquierda", cuyo efecto tiende a ser divisionista y molesto no sólo para gobiernos de centroderecha sino también para los de izquierda democrática y moderada, está encabezada por el actual régimen de Venezuela.

Un futuro gobierno venezolano demócrata-social debe poner en alto los principios ya señalados anteriormente en este texto. Por una parte, debe practicar la solidaridad internacional con los pueblos, sobre todo del mundo en vías de desarrollo, sin actitudes maniqueas, mesiánicas y provocadoras. Por la otra, debe ser consecuente en defensa de la paz, la democracia y los derechos humanos en escala mundial. La firme promoción de nuestro interés nacional debe combinarse con la fidelidad a los valores de la democracia social. La normalización de las relaciones de Venezuela con sus socios y amigos tradicionales debe ir mano en mano con el mantenimiento de la amplitud geográfica lograda por la diplomacia del régimen actual. Debe buscarse el mayor equilibrio posible entre nuestras interdependencias externas viejas y nuevas. Asimismo debe restablecerse el equilibrio de las articulaciones de Venezuela con todas las subregiones de América. En lugar de buscar un liderazgo americano personalista y vocinglero, debemos ayudar a enrumbar la América Latina y el Caribe hacia un proyecto común de desarrollo soberano, con libertad, equidad y solidaridad, respetando la pluralidad de ideas y de intereses en el seno de la región.

Propuestas para reimpulsar un cambio demócrata-social en Venezuela

Sobre la base de los valores, principios y enfoques programáticos anteriormente mencionados, algunas de las iniciativas demócrata-sociales concretas en la Venezuela actual podrían ser las siguientes:

Mantener y fortalecer la unidad democrática pluralista

Para superar la crisis nacional y lograr la democratización del país, es necesario mantener y fortalecer ante todo la unidad de todas las fuerzas democráticas opositoras, de centro, centroizquierda y centroderecha. Todas ellas concuerdan en la meta de un cambio de gobierno y la creación de una democracia política como marco institucional para otros avances futuros.

Movilización social

Las fuerzas democráticas –con las demócrata sociales a la vanguardia- deberían dejar de concentrar su atención casi exclusivamente en la coyuntura electoral (pese a la enorme importancia que ésta tiene), y combinar la lucha electoral con una incesante denuncia de los males del país y los desmanes del régimen, movilizándolo a las fuerzas sociales para protestas masivas (no violentas), y para exigir negociaciones encaminadas a la democratización del país. Las protestas y manifestaciones sociales deberían ser conducidas y encuadradas por los partidos de la oposición democrática, junto con sindicatos, gremios y asociaciones de la sociedad civil.

Programa mínimo de la Unidad Democrática

La Unidad Democrática opositora ha publicado, en el pasado, sus principios programáticos comunes, pero fueron insuficientes los esfuerzos para difundirlos y llevarlos al conocimiento del pueblo. Los demócratas-sociales (polo de centroizquierda dentro de la Unidad Democrática) podrían tomar la iniciativa de exigir una re-edición, en forma breve y sencilla, y una difusión esta vez más eficaz, de dichos principios programáticos comunes, presentados como alternativa al programa del régimen.

Tesis y programas de la democracia social

Sin duda sería altamente deseable que en un futuro no lejano, todas las fuerzas de la democracia social venezolana se (re)unieran en un solo partido. Uno de los factores que podría facilitar su unión es el trabajo ideológico. El pueblo venezolano debe ser informado de que, más allá del programa mínimo ofrecido por la Unidad Democrática, existe un pensamiento más avanzado, demócrata-social, para la etapa de evolución que se planteará inevitablemente después del mero restablecimiento de la libertad política. La elaboración de tesis y programas progresistas, para el mediano o largo plazo, servirá igualmente de instrumento de captación de nuevos militantes y simpatizantes para las organizaciones demócrata-sociales.

Insistencia constante en valores y principios

Venezuela se acerca a una de las encrucijadas más importantes de su historia, entre el ser y el no ser, entre un porvenir positivo y un colapso trágico. En tales momentos históricos, lo ideológico es importante y el ciudadano común se siente ávido de valores que lo sustenten. Por ello es importante que, conjuntamente con el trabajo político práctico, los demócratas sociales difundan constantemente su profunda convicción de que la libertad y la justicia social no sólo son compatibles sino que la una no puede existir sin la otra. Y que la democracia social –como “tercera vía” liberadora entre dos formas de opresión- recoge las más altas aspiraciones futuristas del ser humano